

Hijas de la Caridad. Su actividad en el Hospital Provincial de San Juan de Dios

E. Palma

I

En la organización de la labor asistencial de los establecimientos de la Beneficencia Provincial y Hospitalarios de Jaén, las Hijas de la Caridad han tenido una esencial y definida actividad, con un primoroso protagonismo, desde julio de 1846 a marzo de 2001. Bien merece, pues, una breve, pero muy reconocida rememoración y que aún siendo incompleta, como todo trabajo histórico, sirva para que en el futuro se complete con más datos y así se contribuya a una más justa y aproximada contribución para que sea bien conocida por las generaciones futuras, su abnegada entrega y espléndidos servicios, sin horarios ni límites, pues a donde no alcanzaban los medios asistenciales de la época, sin tardanza, llegaba la constante ayuda, la ternura y la sonrisa, reflejo de un alma entregada a Dios y a los pobres.

El hospital estuvo asistido por la Orden Hospitalaria de San Juan de Dios desde 1619 hasta 1840, pues como consecuencia de la excomunión de Mendizábal tuvieron que abandonarlo. A partir de este momento, de la desamortización eclesiástica, el hospital quedó en precaria situación, viéndose enormemente desasistidos los enfermos y teniendo que hacerse cargo del establecimiento el Ayuntamiento de Jaén. Fue entonces cuando una Real Orden de 23 de abril de

1846 dispuso la estructuración de la Beneficencia, y cuando ésta se hizo Provincial pasó a depender de la Diputación.

Un modesto resurgimiento ya se advertía en Jaén –como ocurre siempre tras épocas decadentes–, promovido por el grupo moderado «la joven España», que intentaba compensar el gran vacío asistencial que dejaron los Hermanos Hospitalarios de San Juan de Dios, después de su expulsión. Todo fue acogido con cierto entusiasmo y enseguida se puso en práctica e incluso se iniciaron obras a fin de reparar el edificio del Hospital y ampliarlo con una modesta sección para enfermos dementes. Y fue precisamente en el mes de julio de 1846 cuando se solicitaron ocho Hermanas de la Caridad, para asistir a los enfermos y que constituyeron la primera Comunidad de la Orden de San Vicente de Paúl llegada a Jaén.

La solemne apertura de los Centros Benéficos se hizo el veinticuatro de junio de 1847, una vez terminadas las instalaciones, dándole todo un carácter de fiesta local. En el día que conmemoramos existían en el hospital ciento cuarenta camas, distribuidas en salas de hombres, mujeres, niños, más otra, aislada, destinada a pacientes sífilíticos, siendo encargado de la dirección don Antonio de Torres Hurtado. Conforme avanzaba la segunda mitad del mil ochocientos, y durante la primera mitad del mil nove-

cientos el hospital fue creciendo hasta llegar a disponer de más de quinientas camas que serán de las que disponía cuando se clausuró en 1973, al trasladarse al nuevo Centro Hospitalario, aun cuando siguió abierto un tiempo con enfermos crónicos, hasta su cierre definitivo cuando se dispuso de un nuevo hospital de cuidados mínimos o de crónicos, el cual se construyó al lado del nuevo de agudos. Su actuación se ha prolongado hasta completar 155 años si sumamos el tiempo que asistieron en el Hospital de San Juan de Dios (1846-1973) y en el nuevo que construyó la Diputación (1973-2001).

En la década de los años cincuenta, siendo Presidente de la Diputación Provincial de Jaén, don Juan Pedro Gutiérrez Higuera, y Decano de la Beneficencia Provincial y Director del hospital Fermín Palma García, se creó una Escuela de Enfermería, la primera en Jaén. Muchas Hijas de la Caridad se incorporaron a sus cursos, con lo que la capacidad de su asistencia se incrementó, añadiendo a su entrega una enorme competencia profesional. Su impresionante labor con esta nueva disposición y habilidad, hizo que las hermanas vicencianas elevaran la calidad asistencial de la estructura sanitaria de aquella época, colaborando y turnándose con el nuevo personal de enfermería cuando éste adquirió el rango universitario. Se consiguió algo insospechado y es unir lo que estaba muy humanizado con un progreso técnico.

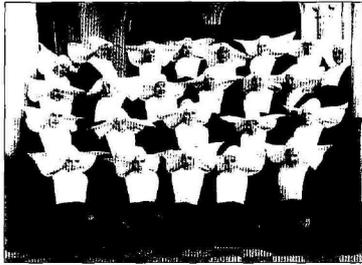
II

Su fuerza, su energía o el carisma, como le queramos llamar, es que no tiene el más ligero asomo de egoísmo. Son la voz de Cristo en medio de los enfermos y discapacitados, de los pobres, de todos los que reclaman su ayuda y asistencia. Reconstruyen en el hombre que sufre, lo que el mundo ha destruido y sigue destruyendo en este tiempo, con el egoísmo, voracidad y codicia que le caracteriza; derraman la paz que le proporciona una vida interior profunda, al cultivar la

vida del espíritu que todo ser humano tiene y que olvidamos frecuentemente. Ellas abrazan la pobreza y la desnudez que supone renunciar a todo lo superfluo para consagrarse al pobre, al enfermo,... Ahí es donde se encuentra su grandeza. Si añadimos su preparación técnica y administrativa no podría soñar una gerencia hospitalaria con mejor aliado para salir de los apuros y conflictos de la compleja estructura hospitalaria de nuestro tiempo. Es lo mismo que ocurre con la organización hospitalaria que actualmente continúan practicando los Hermanos de San Juan de Dios. Más que detallarla en una crónica, basta con una visita a uno de sus muchos hospitales extendidos por todo el mundo, para caer en la cuenta de su impresionante y modélica labor.

El fundador de las Hijas de la Caridad, San Vicente de Paúl, verdadera encarnación de la Providencia Divina, nace en las Landas pirenaicas, en 1581, de una familia campesina en la villa de Pouy, junto a Dax, probablemente procedente de España, estudiando en Dax, Tolosa y Zaragoza, quedando ordenado sacerdote a los 19 años. Cuando muere en 1660 su obra se ha extendido por toda Europa. Serán los expósitos, inválidos, mendigos, heridos, apesados, hambrientos y los cautivos (él también lo fue) los que le llamarán: «El buen señor Vicente». Pues bien, es en 1634 cuando San Vicente, en París, con la colaboración de Luisa de Marillac (Madame Le Gras), fundan las llamadas «puellas caritatis» —doncellas de la caridad—, que se extendieron rápidamente por todo el mundo, universalizando con sus «tocas» la entrega a los pobres y enfermos. En España, en la época de Carlos III, se inauguró la Congregación Hijas de la Caridad, con seis hermanas, en Reus, año 1792. En este mismo año se hicieron las fundaciones de Lérida. Unos años más tarde llegaron a Madrid y a otras provincias españolas, siendo llamadas para fundar en Jaén, en el año 1846.

Entre las hermanas siempre ha reinado la más absoluta igualdad de trato. En un principio cubrían la cabeza con una cofia o bo-



La comunidad completa de las Hijas de la Caridad que prestaba su asistencia en el Hospital de San Juan de Dios, en 1955. En la última fila, empezando por la derecha, sor Felicidad, y la tercera, sor Guadalupe, de un gratísimo y entrañable recuerdo.



Sor Paula Bosch Font, supervisora de la comunidad. Mujer de gran carácter, enérgica y dotada de gran capacidad de organización de la enfermería hospitalaria.



Festividad de San Juan de Dios, 8 de marzo de 1964. El Obispo de la Diócesis, don Félix Romero Mengibar, y sor Paula Bosch, superiora de la comunidad, al término de la Celebración Eucarística.

nete de lino, pero a partir de 1685 fue añadido a éste la blanca «corneta» («cornett») de lino almidonada. Esta toca, tan característica de las Hijas de la Caridad, fue sustituida por la que actualmente llevan, de confección muy sencilla, mediada la década de los años sesenta.

III

Las Hijas de la Caridad han constituido el cimiento más humano y más firme del funcionamiento hospitalario, allí donde tuvieron su presencia. En un intento de volver a vivir lo ya sido, debo de recordar y hacer constar que cuando se les destinaba a una dependencia concreta y se le encargaba su administración y la correspondiente vigilancia, el funcionamiento era perfecto. En la administración de todo establecimiento sanitario hay que cuidar con esmero la gastronomía, capítulo importante, donde entran las cocinas, la compra, la despensa, las cámaras frigoríficas, el almacén de alimentos y su relación con los proveedores. Cuando todo este capítulo estaba ordenado, vigilado y a veces —hay que decirlo—, bajo llaves, nada se derrochaba ni se perdía, con un ahorro que aumentaban las posibilidades de la economía del establecimiento. Otro tanto podíamos decir de los roperos, de la lencería, de los talleres de costura, donde confeccionaban las batas de los médicos, uniformes del personal auxiliar, sábanas para las quinientas camas que llegó a tener el Hospital...

Hay que añadir a lo indicado anteriormente, la presencia de las Hijas de la Caridad, en los quirófanos (recordamos a Sor Guadalupe Pérez y Sor Victoria Aizpun) en el Laboratorio (Sor Carmen Elías) en la Farmacia (Sor Felicidad), en la Escuela de Enfermería (primero a Sor Matilde, que marchó a Madrid a la Escuela de Enfermería de la Fundación Jiménez Díaz; después a Sor Concepción) y finalmente la asistencia de los enfermos crónicos (Sor Matilde Aguirre), cuando se creó este área.

La vida física de las Hijas de la Caridad, siempre nos pareció dura y podemos testificarlo al haber sido testigos de su trabajo y benefactores de su preciosa colaboración. Cuando iniciábamos la jornada hospitalaria, ellas llevaban cuatro horas levantadas. Habían hecho bien temprano la oración mental, el rezo y canto de los salmos, asistido a la Santa Misa, la acción de gracias, el desayuno y a continuación cada una a sus destinos. Eran las primeras en llegar a las salas, quirófanos, laboratorio, farmacia, lavanderías, cocina, etc..., y estando las hermanas cada una en su responsabilidad, el resto del personal, que se miraba en ellas, cumplían su obligación emuladas por el testimonio y ejemplo que contemplaban.

La compensación a esta vida entregada ha sido siempre su paz interior. Esa paz que el mundo nunca puede dar; y que se reflejaba, pese a todo, en la alegría sin límites, aceptando el camino sencillo y eficaz de la rutina cotidiana y haciendo que su trabajo constituyera una plegaria por los enfermos, para al final no haber sido otra cosa que el

haberse dejado formar y perfeccionarse por la obediencia.

La labor de las Hijas de la Caridad ha ido mas allá de una simple atención al necesitado. Allí donde había enfermedades infecto-contagiosas, la lepra, la tuberculosis, la poliomiélitis, los antiguos sifilíticos, hoy en nuestros días, las hepatitis, síndrome de inmunodepresión,... etc. Puedo recordar hace muchos años un brote endémico de tifus exantemático, improvisándose una sala y siendo las Hijas de la Caridad las que se entregaron a su asistencia y cuidado.

IV

El Hospital que empecé a conocer desde que inicié mis estudios de Medicina, tenía una especial fragancia: Olía siempre, extremadamente a limpio. Vieja casa, sí, pero muy aseada, edificación antigua, bruñida, barrida, repintada y enalada, una y otra vez, año tras año, siempre que se acercaba la festividad de San Juan de Dios. Sus paredes estaban impregnadas de plegarias si-



En la fila de arriba y de pie, de izquierda a derecha, sor María Martín, sor Lucía, sor Concepción, sor Victoria, sor Arrieta (superiora), sor Carmen Mora y sor Matilde Aguirre. Situadas en el medio, sor Sagra-rio, sor Ana, sor María Bayo y, finalmente, sor Josefa, sor Milagros y sor Florentina. La comunidad al final de la década de los años sesenta.

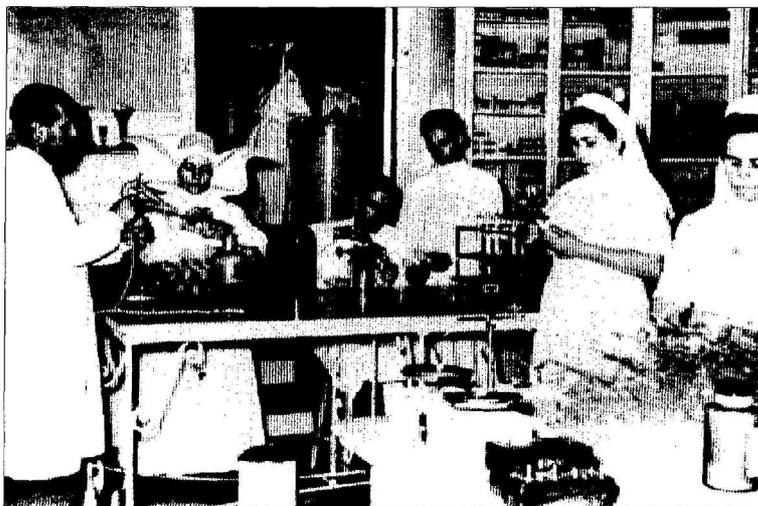
lenciosas y anónimas, armonizadas desde el amanecer de cada día, con el eco de los salmos que entonaban en el coro, la piadosa Comunidad Vicenciana.

No podré olvidar las dos viejas palmeras del patio, solidarias de la cantarina fuente central, siempre con agua, que polarizaban nuestras atentas miradas en tantas noches estivales, de Médico de Guardia, bajo el resplandor de una plácida luna llena, paralelo al reflejo sereno y laqueado de las blancas tocas almidonadas de las Hermanas que hacían la vela. Recuerdo una tarde de un domingo de agosto con gran bochorno, caer en la cuenta de un bello rosal que había florecido, colmándose de rosas amarillentas; tarde de mucha quietud, cuando el sol empezaba a decaer y ya se advertía una suave brisa...

En ocasiones, cuando lo requerían, la visitaba en su clausura para atender a alguna hermana enferma. Era un gozo respirar el

ambiente de sus dependencias, por la paz, el silencio y la alegría que ser respiraba. Y es que donde Dios habita, todo se impregna de sosiego, equilibrio, mesura y esperanza... Y en estos recuerdos me viene a la memoria la gran personalidad, por su energía, carácter y gran capacidad, de Sor Paula Bosch, superiora de la Comunidad, durante las décadas de los años sesenta y setenta, y que estaba dotada de una especial y fina objetividad. Fue el mejor complemento del entonces Decano de la Beneficencia y Director del Hospital, mi inolvidable predecesor, constituyendo un magnífico engranaje en el funcionamiento de la mecánica hospitalaria. Sustituyó a otra ejemplar religiosa, Sor Julia, que, además de superiora, fue una verdadera madre.

Cuando se rememora la Farmacia, aparece enseguida la figura de Sor Felicidad. Era el alma de todas sus dependencias. El orden en el despacho de medicamentos, la con-



La farmacia del Hospital de San Juan de Dios preparando sueros (1959). En ella podemos apreciar a sor Felicidad, la hija de la caridad adscrita a la farmacia, y a su derecha, don Manuel Lombardo, el jefe del servicio, junto al personal auxiliar.



Sor Matilde Aguirre con su hermana Victoria.
Hospital de San Juan de Dios. 1970



La esposa de don Pío Aguirre, doña Encarna Zamorano, con sor Matilde Aguirre, destinada en el Sanatorio Marítimo de Santander.



La comunidad del Hospital Provincial, en un día de excursión. Sor Matilde Aguirre, la primera por la derecha. La última de la izquierda y arriba, sor María Bayo.

fección de las fórmulas, de sueros, pomadas, comprimidos, supositorios. Todo elaborado en su taller. A veces le reprochábamos su celo y control en el despacho de los medicamentos, pero luego comprendíamos que ese orden y esa economía, sin que a ningún paciente le faltase lo bien prescrito, era básica para que un capítulo tan importante en la organización del hospital, como es la farmacia, estuviera bien controlada y bien administrada.

Recordar, asimismo y con mucho cariño, a Sor Antonia en la despensa, a Sor Milagros en la lencería, a Sor Carmen Mora en la cocina, a Sor Carmen Elías, en el laboratorio, que le dedicaba desde temprano jornadas enteras y además y sin que apenas se advirtiera llevaba la administración muy detallada, en unas libretas, con las cuentas de la cocina, los gastos de la compra, el control del consumo y la mejor forma de conocer hasta donde se podía llegar. ¡Qué administración la de las Hermanas!

Las Hermanas crearon en las dependencias quirúrgicas, y concretamente en los quirófanos, un espacio que me atrevería a llamar casi sagrado. Cuando llevaban toda la responsabilidad de las salas de operaciones, como se les llamaba también, en aquella época, todo era más sencillo y humano, sin decaer en lo técnico un ápice. Desde esterilizar toda la ropa del quirófano, confeccionar compresas, esterilizar el instrumental, clasificarlo por intervenciones, y hasta actuar de instrumentista, como pinchar la vena con una especial soltura, y asistir al anestesista, llenaban los quirófanos de un especial sosiego y una muy dulce tranquilidad. Fueron responsables del bloque quirúrgico, por los años cincuenta, sor Guadalupe Pérez, que después sería superiora hasta su traslado a Pontevedra y después a Santiago. Su prestancia y distinción eran singulares. La recuerdo con especial ternura. La sustituyó una navarrica excelente, Sor Victoria Aizpun, muy activa, de gran carácter y con visión clara de las cosas, y que derrochaba simpatía. Cuando se marchó vino otro ángel, Sor María Bayo, con su es-

pecial sonrisa, sembraba la calma con sólo su presencia. También hay que recordar a Sor Ana en el quirófano de Traumatología. Por último a Sor Fe en anestesia y después a la extraordinaria Sor Isabel, que vino del Hospital de Pamplona, y estuvo siempre en anestesia y reanimación, haciendo fácil la punción y el cateterismo venoso, la intubación, la mejor colaboradora del anestesista y probablemente de tanto puncionar la vena debió contraer VHC, con su evolución crónica e irreversible, que ensalza todavía más su generosidad y la grandeza de su alma. Un tierno recuerdo merece Sor Matilde Aguirre, hermana del prestigioso ginecólogo don Pío Aguirre, que tuvo una «donación absoluta y total a los pobres». Cuando se clausuró el Hospital (1973) se dedicó con gran generosidad a los enfermos crónicos que se quedaron, en tanto el concepto del nuevo Hospital era para la asistencia de agudos, y ella permaneció cuidándolos hasta que se trasladaron al nuevo de crónicos cuando la Diputación lo pudo terminar. En Sor Matilde era innata la sencillez y humildad, y por tanto caracterológicas, le brotaban con especial naturalidad. Sor Rosalía Hernández, que de siempre ha sabido muy bien percibir y aprehender la generosidad de la personalidad que se entrega, quedó prendada de las cualidades que adornaban a Sor Matilde Aguirre y lo ha escrito muy bien en *Una Rosa sin Espinas* (1999), con gran conocimiento de ello al haber compartido con ella treinta años de trabajo y fraternidad. Muy bien for-

mada, culta, inteligente e ilusionada y jamás triste. Estaba dotada de especial habilidad para todas las actividades manuales. Su actividad y diversos destinos fueron impresionantes: Cruz Roja en Madrid, Sanatorio Marítimo de la Isla de Pedrosa, (tuberculosis ósea) en Santander. Cuba, en varias misiones. Después, nuevamente en Jaén, ocupándose del pabellón nuevo del Hospital para pacientes que con tarifas módicas contribuían a las mejoras de los servicios. Posteriormente crónicos, y finalmente, en la casa que las Hermanas tienen en un barrio para los discapacitados hasta su muerte callada, sufrida y ejemplar. Así podríamos continuar recordando otras muchas hermanas..., con una entrega total y que deberíamos nombrar una por una, pero de momento, rogándoles que me perdonen, para no hacer esta rememoración más extensa, baste nuestro recuerdo, admiración y gratitud.

No terminaríamos de referir lo que supuso para la organización de aquel Hospital con escasos medios, con mínimo presupuesto y lleno de pacientes, la asistencia y el trabajo abnegado de las Hijas de la Caridad. La gran paradoja es que en aquella época con pocos medios la Medicina era muy humana. Hoy, con Medicina muy tecnificada, la relación del paciente con el personal sanitario se encuentra en constante deterioro. ◀